

Potenciar el liderazgo de las mujeres

Carolina del Río M.
Periodista, Teóloga PUC

PUBLICADO EN REVISTA MENSAJE N° 574
Noviembre 2008

- “Creo que en la Iglesia deberíamos explicitar más las contradicciones sociales que vivimos en la relación con las mujeres. Por ejemplo, queremos que salgan a trabajar, pero las empresas dificultan la compatibilidad de roles, pagan menos a las mujeres, no hay horarios flexibles, salas cunas etc. Falta que la Iglesia denuncie esas injusticias detalladamente. También creo que debería explicitarse con más fuerza la urgencia de que el varón comparta el trabajo doméstico”.

- “La afirmación acerca de la Tradición y de que Jesús no ordenó mujeres y tampoco los apóstoles tiene que ser mirada con cuidado y ponderada igualmente. En verdad, no existía la ordenación tal como se la concibe hoy. Jesús por lo tanto, no ordenó ni a hombres ni a mujeres. Decir que los apóstoles no ordenaron mujeres cae en lo mismo. No existía el sacramento como lo conocemos”.

- “La Iglesia no está reconciliada con la corporeidad femenina y eso es grave porque la mujer no puede despojarse de su cuerpo. La negación del cuerpo, de lo que te hace atractiva, ¿cómo vas a negarlo? Sería equivalente a negar tu propia identidad!

Simpática, apasionada, de hablar fuerte y sin ambigüedades discursivas, María Clara Lucchetti Bingemer, brasileña, -casada, tres hijos, una nieta- no se va por las ramas. La Doctora en Teología (y post doctorada, también) actualmente Decana de la Facultad de Teología y Humanidades de la Universidad Católica de Río de Janeiro, periodista de primera profesión, estuvo de visita en Chile para dictar una conferencia en el III Encuentro de Teólogas convocado por el Círculo de Teólogas de la Pontificia Universidad Católica. Junto al sacerdote Diego Irarrázaval y al psicoanalista Ricardo Capponi, abordaron el tema “Varón y mujer: Misterio de relación”.

María Clara viene de vuelta. Pertenece a las primeras generaciones de teólogas, esas que irrumpieron con audacia en el mundo masculino y clerical de las facultades de teología, que se abrieron paso de a poco, con decisión y talento, para demostrar que las mujeres también podían dar “razón de su esperanza” y pensar su fe. Y eso ha hecho. Lleva años dedicada al pensar teológico y hoy, ve con urgencia la necesidad de potenciar el rol de los laicos en la Iglesia. Ya lo planteó en la V Conferencia del CELAM en Aparecida a la que asistió como asesora de los obispos brasileños.

¿Con qué sabor se quedó con el documento final de Aparecida?

Bueno -dice gesticulando con la cabeza en negativo- fue menos que Puebla y Medellín, pero más que Santo Domingo. Faltó osadía en los planteamientos y sobraron las

correcciones que se hicieron después al documento acordado por los obispos. No había necesidad de tal cosa.

Y en relación a las mujeres...

Pobre, muy pobre ¡pobrísimos! Sólo se dicen unas pocas palabras y nada con la claridad y la fuerza que, me parece, debió decirse. El documento, en general, tiene un tono exhortativo y es positivo al resaltar la necesidad del encuentro con Jesucristo, la importancia del laicado, en fin, pero sobre las mujeres, es muy pobre.

¿No le parece que aún cuando se habla y se condena la “ideología de género” la mirada de la realidad de varones y mujeres está de todos modos permeada por la categoría?

Sí y no. Sí, porque en algunos números se incluye la situación de la mujer y del varón. No, porque un discurso de género implica un discurso más crítico a la situación que aquí no se ve. Tampoco aquí en Chile veo que se de, en este ámbito. Y tampoco en Brasil. La inclusión del hombre es algo nuevo, y eso lo debemos a un análisis de género porque se daba por supuesto todo, hoy no. Hoy hay una crisis en los varones que la Iglesia ve y de la cual quiere hacerse cargo.

El documento conclusivo afirma que “urge que las mujeres puedan participar plenamente en la vida eclesial, familiar, cultural, social y económica” y que es necesario crear espacios y estructuras que favorezcan esa inclusión.

Pero, a ver... ¿si las mujeres ya tienen plena participación en la vida eclesial y familiar! por lo tanto no me parece que eso sea una carencia a trabajar. Ellas no sólo participan plenamente, sino que gracias a ellas esa vida eclesial y familiar es posible. En el plano social, económico y cultural, estoy de acuerdo, aún falta mucho. Creo que lo que hay que hacer es crear espacios y estructuras que favorezcan la inclusión en los niveles de decisión, de poder, no en la participación, si eso ya está.

En el texto de Aparecida se habla bastante de complementariedad y reciprocidad entre varón y mujer...

Creo que hay una confusión de conceptos. Complementariedad no es un buen término, a mi juicio, porque da la idea de estar incompletos y deber buscar en el otro o en la otra lo que les falta. La reciprocidad, en cambio, no habla de *incompletud*, sino de dos seres plenos que se relacionan voluntariamente porque quieren y no para satisfacer sus carencias. El empobrecimiento del tejido eclesial es precisamente porque ha faltado reciprocidad entre varones y mujeres en la Iglesia. La mujer ya está presente en la Iglesia, pero tiene que empoderarse, es necesario que acceda al poder que le corresponde, sólo así puede haber verdadera reciprocidad. Hasta ahora ha sido mantenida como “complemento”, pero ¿cuánto más puede durar eso? Es necesario impulsar la pastoral de manera que incluya y potencie el liderazgo de las mujeres. Ellas deben acceder a los niveles de decisión.

¿Qué cree usted que hace falta para lograr esa reciprocidad?

Al menos en la Iglesia, creo que deberíamos explicitar más las contradicciones sociales que vivimos en la relación con las mujeres. Por ejemplo, queremos que salgan a trabajar, pero las empresas dificultan la compatibilidad de roles, pagan menos a las mujeres, no hay horarios flexibles, salas cunas etc., y muchos de esos empresarios son cristianos. Falta que la Iglesia denuncie esas injusticias detalladamente, como ha denunciado otras. ¿Qué pasa con la violencia sexual y con las innumerables injusticias laborales que pesan sobre las mujeres? La jerarquía de la Iglesia debería tener una voz más fuerte para que las mujeres se sientan respaldadas y puedan trabajar más tranquilas.

También creo que debería explicitarse con más fuerza la urgencia de que el varón comparta el trabajo doméstico. No es una opción, es una obligación y no se dice con fuerza. Sí se dice que la mujer es insustituible en el hogar, ¿y qué pasa con el hombre? La afirmación de que la mujer es insustituible en su hogar... habría que ser un súper ser humano. Si no hay colaboración práctica y activa del hombre, no se puede.

En el fondo -agrega con energía- sigue la división de la mujer en el espacio privado y el hombre en el público. Pero el hombre también tiene que sentirse responsable de las cacerolas y el lavado de la ropa. No puede pesar todo sobre la mujer. Los espacios tanto públicos como privados son de ambos.

En la V Conferencia se hace un llamado a la participación no sólo a las mujeres, sino a todos los laicos a los ministerios, a participar de las instancias de planificación y decisión...

Efectivamente. A los laicos, también a las mujeres, que somos laicas. Pero sería bueno preguntarse ¿Por qué la mujer sólo es sujeto de seis y no de siete sacramentos? Me dirán que la tradición de la Iglesia Católica y Ortodoxa no tiene mujeres ordenadas. La Iglesia Ortodoxa tiene sacerdotes casados, no así la Católica. El diaconado permanente está creciendo, pero es sólo para hombres. El rabinato de Jesús, en cambio, admitió discípulas mujeres y no es posible no ver eso. Hay liderazgo de Pedro, pero que las mujeres estaban y eran parte del grupo, no hay duda.

¿Por qué cree usted que aún persiste esa exclusión?

De manera general, no se dice específicamente, en torno al sacramento del orden, pero en términos generales, pienso que hay una carga negativa sobre el cuerpo de la mujer, eso es en todas las religiones. Miremos un ejemplo, el tema del pelo. Habitualmente se le ha exigido a la mujer tapanlo o cortarlo y, sin embargo, miremos la praxis de Jesús. Cuando se acerca la mujer a ungirle los pies, ella no sólo rompe las leyes del banquete del fariseo, sino que expresa su feminidad como un gesto de alabanza y amor a Jesús, le seca los pies con su pelo, nos dice el texto. ¿Y qué hace Jesús? Se deja secar los pies por esa mujer. Otro ejemplo, la menstruación. En muchas religiones sigue siendo tabú, hasta se la llama "enfermedad", pero ¡por Dios! ¿Qué enfermedad es esa? Rápidamente la conectamos con lo que los antiguos llamaban impureza y la impureza se contagia... como las enfermedades. Jesús sabía muy bien eso, pero se deja tocar por la hemorroísa y por muchas otras mujeres.

Parece persistir la vinculación del cuerpo de la mujer a lo negativo, lo malo...

Por ejemplo... Ella es la responsable de la entrada del pecado en el mundo. Pero yo digo, es mala fe interpretarlo así. ¿Pobrecito de Adán que pecó por culpa de la mujer? Juan Pablo II en *Mulieris Dignitatem* lo deja bastante claro, es pecado de la humanidad, no de la mujer. Entonces, hay una carga negativa que conecta el cuerpo de la mujer con todo lo profano, pagano, las mujeres no son vistas como seres espirituales. Para que lo sean, deben despojarse de su cuerpo ¿Cómo se hace eso? Esa barrera es insalvable. Las mujeres son vistas como peligrosas, seductoras, que enredan las cosas. Pero no es así. La mayoría de las veces es al revés, son los hombres los que enredan a las mujeres, las seducen, las enamoran y luego las abandonan. Personificar el pecado en la mujer es una iniquidad.

El estigma –continúa con energía- sobre el cuerpo femenino, y en la Iglesia Católica con un clero celibatario, la mujer es vista como un gran peligro, como el pecado que golpea a la puerta. Yo creo que eso le ha hecho muy mal a la formación de los hombres, de los clérigos. Algo quedó en el inconsciente colectivo de todo ese prejuicio, pero ¡por Dios! La mujer no es la tentadora. Ha predominado la asociación de la mujer al pecado y al demonio. Para escapar, la mujer no podía hacer uso de su cuerpo, esas eran las santas –las vírgenes-, las demás, bueno... somos cristianas menores.

Hay algo allí que aún no está reconciliado con la corporeidad femenina y eso es grave para la Iglesia porque la mujer no puede despojarse de su cuerpo. La negación del cuerpo, de lo que te hace atractiva, ¿cómo vas a negarlo si es tu mismísima identidad? La castidad es para cualquier relación en el sentido de que eliges a una persona y no a otra. ¿Hasta cuándo seguiremos viendo el cuerpo de la mujer como estigmatizado y no cuerpo de gracia?

El tema del sacerdocio femenino se ha zanjado con el argumento de la Tradición. Jesús no ordenó mujeres, tampoco los apóstoles.

La afirmación acerca de la Tradición y de que Jesús no lo hizo y tampoco los apóstoles tiene que ser mirada con cuidado y ponderada igualmente. En verdad, no existía la ordenación tal como se la concibe hoy. Jesús por lo tanto, no ordenó ni a hombres ni a mujeres. Decir que los apóstoles no ordenaron mujeres cae en lo mismo. No existía el sacramento como lo conocemos. Sin embargo, el Nuevo Testamento nos deja ver que la mujer era mucho más participante en la Iglesia antigua de lo que es hoy. Hay muchas publicaciones teológicas actualmente que han demostrado eso. También está el argumento de que el pueblo no está preparado, pero no creo que sea procedente. Tampoco me parece que es argumento –como sostienen algunos- decir que la mujer debería inventar un nuevo estilo de ejercer el sacerdocio, eso me parece una maniobra distractiva, porque en el intertanto la mujer sigue sin poder de voz y decisión adentro de la comunidad eclesial. En este momento, sin embargo, el Magisterio se ha pronunciado con claridad sobre el tema y no creo que haya espacio para conseguir más. Además, quiero aclarar, que yo no soy una defensora a ultranza de la ordenación femenina. Creo que hay otras cosas más importantes y más prioritarias.

¿Por ejemplo?

Por ejemplo, llamar de vuelta a los sacerdotes casados que quieran ejercer su ministerio y potenciar el laicado. Lo recomienda vivamente la Conferencia Episcopal Brasileña en sus

aportes al documento de participación previo a la conferencia de Aparecida. Esto es más urgente que la ordenación femenina, me parece La escasez de sacerdotes requiere de medidas urgentes En Brasil, el 80% de los católicos no participa de la Eucaristía los domingos, porque no puede hacerlo, ya que no hay clero, ¿y si la Eucaristía es el centro de la vida cristiana...? A mí me duele mucho ver al Pueblo de Dios sufriendo esa privación ¿Cuánto más todavía tendrá que esperar?